

SUNIAGA, FRANCISCO. (2005). *LA OTRA ISLA*.

CARACAS: OSCAR TODTMANN EDITORES.

Reseñado por Mario Morenza
Universidad Central de Venezuela
jedyknight71@gmail.com

Los personajes en *La otra isla* asumen a la desesperanza como una estrofa más del “Gloria al bravo pueblo” o del “Das Deutschlandlied”. Cuando me enfrento a la imagen de una isla, identifico (y enlace) esa noción al vértigo horizontal del naufragio. Del mismo modo, no puedo evitar relacionarla a Odiseo en la isla de Circe, como mártir y emblema de la esencia humana en el aislamiento. Esta atmósfera enlazada (o anudada) al silencio será el bálsamo para el personaje de Edeltraud Kreutzer, que indagando un poco, podría interpretarse su incertidumbre sobre la muerte de su hijo como una tramada excusa que ella misma instrumenta para encontrarse en otro espacio ajeno al propio, para alejarse de (sus) calles donde anida la tristeza y refugiarse en una isla del Caribe, la isla que transformó a Wolfgang Kreutzer. Pero éste no fue a naufragar a la Isla de Margarita, fue a echar raíces, a complacer la continental propuesta de Renata, su mujer. Wolfgang fue a distender su mente y lengua germánica. Se exilió en el hablar neoespartano. Modificó gradualmente su soberbio e impronunciado Wolfgang por el margariteño Gorfán. Los cantos matutinos de los gallos labraron sus raíces para que se plantaran progresivamente con ese encantamiento, casi hipnótico, un mantra orquestado por un caos ovíparo. Y es en este punto cuando se me hace imposible no pensar en el poema “Los gallos” de Eugenio Montejo, que se me viene como la voz de un eco tan lejano y quebrantado como debe ser la nostalgia por un mar nórdico, un partido de la Bundesliga o una revitalizadora Löwenbräu después de trabajar, un poema cuyos versos resumen a Wolfgang Kreutzer y asumen la tristeza como un territorio para que ésta en lugar de anidar, acampe y se siembre en los movimientos dubitativos de Wolfgang devenido en ese Gorfán de la crianza de los gallos: “Gallos ventrílocuos donde me habla la noche, / ¿son mi parte de abismo?”. Momentos religiosos y proféticos de encantamiento.

Y entre cantos de gallo y estrofas, ha llegado el momento de teorizar, y recuerdo que hoy, antes de despertar, se me reveló, por medio de una voz onírica y nórdica que me recitó palabras al oído en

un idioma extraño, que la teoría sería alemana de tener nacionalidad, que para adentrarse en la literatura, no se orientaría a la usanza de los neoespartanos para asimilar el tiempo, más bien mediría sus pasos con absoluta precisión, sistemáticamente, y no se la calcularía a vuelo de pájaro o a ojo por ciento; la teoría es aliada de esa intuición de ensayo y error propios de Gorfán para criar a sus futuros campeones, mezclada con la de los galleros de nacimiento para saberlos luchadores o simplemente sacarles cría.

A través de las lupas de la teoría, me veo como un marxista trasnochado, con reflexiones resucitadas por el temblor de voces en otro idioma. Por ejemplo, asumiéndome como marxista, diría que los cantos de los gallos son una respuesta a la acelerada y devastadora modernidad, hija bastarda del capitalismo, cantos de gallos que se unen al grito eufórico de Katsimbalis, borracho de vida y poesía, que se desgarran las cuerdas vocales para que el himno de la naturaleza se escuche entre tanto *smog* y mugido de fábricas. Un marxista escucharía en el canto de los gallos una respuesta a ese “caos en el que todos dan órdenes y que nadie sigue” (Suniaga, 2005:8). Y es aquí donde se destila la carne de una viril novela policíaca, pero esa novela policíaca con aristas de crítica social, y también a una izquierda en lo que se sospecha la *intentio autoris* a la que se refirió Umberto Eco. Un anarquista agregaría esta cita al catálogo de frases del partido en el que esté inscrito: “Margarita, la isla de la utopía, el único lugar del planeta donde todos mandan y nadie obedece” (p. 8).

En cambio, un estructuralista, y asumiéndome como tal, abordaría *La otra isla* -o en esta isla que es la teoría literaria donde es rutina naufragar- cómo son representados en la novela los siguientes hemisferios, o las siguientes dos caras de una misma moneda: Duelo A y Duelo B. En el primero, se hablaría de ese duelo que llevan los personajes, en esos ojos donde la tristeza ya ha echado raíces, como los de Edeltraud con la incertidumbre de la muerte de su hijo enquistada en ellos; o los ojos de Renata, en los que se delató la resignación al momento de la muerte por agua de su esposo y en los que también se revelaron, como un código de la evocación, unos ojos de quien aspiró a otra piel de la incertidumbre: la de vivir un día distinto cada día; o la mirada de Gorfán, perdida en el vacío poroso de una gallera en aquellos momentos hostiles en los que sus gallos perdieron la verticalidad y murieron picoteados por rivales. Y también no debemos olvidar en esta isla a la persona que antes era Gorfán, que ostentaba el Wolfgang como emblema de identidad y del cual se

despojó una vez que quiso olvidarse definitivamente de sus raíces y transplantarse a esta isla que lo vería morir, pero que antes añoró su tierra y comprendió sin percatarse del todo que la tristeza anida en ese mar que rodea esa extraña porción de tierra. O de Renata, que entra en angustioso llanto cuando es interrogada por Benítez, y el abogado fungiendo de detective privado por necesidad, se pregunta si la desesperanza es motivo suficiente para un crimen, incluso más que la maldad o la ambición, momento clave para indagar el sentido de la novela.

El segundo Duelo no es otro que ese duelo que aletea en los gallos. Animales criados para una lucha en la que reñirán la apuesta, los tragos y el vicio. Animales que se manifiestan como determinantes directos para los primeros duelos. Esos gallos que mataron a Wolfgang, que lo arponearon desde que escuchó por primera vez su canto como si fuera la primera mañana del universo, cuando Gorfán comienza a incubarse en él, a decretarse, a establecer su conjuro con la isla.

También leería en *La otra isla* esas curiosas paradojas que se dan en el hablar, en lo distante que puede ser una traducción, sobre la raza de los gallos, o la resistencia indígena, sobre *coger* y *coger*. Por los momentos, ya se me hace larga esta reseña y mi naufragio en un intento de teoría, y no me queda otra que brindar, como diría Bogart en la gran pantalla: *for old times sake*, y por Wolfgang Kreutzer, *prost!!!*

SUNIAGA, FRANCISCO. (2005). *LA OTRA ISLA*.
CARACAS: OSCAR TODTMANN EDITORES.
Reseñado por Mario Moreña.

29

INVESTIGACIONES LITERARIAS